

jan, una categoría inmarcesible de la estética y un mito del alma humana” (VI, 188). No hay duda de que las *Meditazioni su Don Giovanni* ayudan a com-

prender mejor parte de esa necesidad, a la vez que contribuyen a dotar de otro rico matiz la presencia de Ortega en la cultura italiana.

LA FILOSOFÍA DE ORTEGA. ENTRE EL NAUFRAGIO Y LA RAZÓN

MARTÍNEZ CARRASCO, Alejandro: *Náufragos hacia sí mismos. La filosofía de Ortega y Gasset*. Pamplona: Euns, 2011, 256 p.

JUAN MANUEL MONFORT PRADES

ORCID: 0000-0003-1381-3687

Fruto de sus investigaciones doctorales en torno a la filosofía de Eugenio d’Ors y Ortega y Gasset, el profesor de Navarra, Martínez Carrasco, lanza al público un nuevo trabajo sobre la filosofía del gran representante de la Escuela de Madrid. Su intención principal es ofrecer a los lectores una introducción al pensamiento maduro del madrileño a través de tres grandes campos de trabajo: la metafísica, el conocimiento y la verdad. Estos temas conforman los tres capítulos del libro, que vienen acompañados de una introducción y de una conclusión que pretenden dar un marco orientativo a la lectura.

El problema de la verdad es el asunto que da unidad a toda la investigación y éste en dos planos bien definidos: por una parte el problema de la verdad en cuanto objeto de conocimiento y, por otra, el problema de la verdad como orientación radical de la vida personal. El autor, con una gran agudeza, deriva del primero al segundo a la vez que recorre los conceptos imprescindibles de

la filosofía de Ortega, dedicando al último unas interesantes reflexiones que ocupan la mayor parte del libro.

El primero de los capítulos se dedica a la estructura última de la realidad. El autor presenta con acierto complejos conceptos orteguianos de forma interconectada como son: principio, conciencia, vida, ejecutividad, etc., logrando en unas breves páginas introducir al lector en la metafísica de Ortega. A partir del concepto de “principio” se desgranar el idealismo y el realismo, los cuales dejan paso a una nueva propuesta encarnada en la metáfora de los *Dii consentes*. Con la crítica de los sistemas anteriores se abre una tercera vía en la relación sujeto-objeto, especialmente contra el idealismo, gran caballo de batalla del madrileño.

Para Ortega, el acto de conciencia ni es el sujeto ni sólo el sujeto, es la constitutiva apertura del yo a lo que no es él, el ámbito de manifestación del objeto al sujeto, el lugar donde sujeto y objeto se encuentran en mutua coexistencia, una mutua coactuación. Esto es precisamente, según el autor del libro, lo que busca expresar el concepto de “ejecutividad”, el cual sufre un importante proceso de maduración a lo largo de los años de su producción intelectual derivando finalmente hacia la idea de “vida”. En defini-

tiva, a partir del examen de la postura idealista, logra Ortega los principios fundamentales de su propia filosofía, la cual se condensa en el concepto de “vida” al intentar darle precisión y rigor intelectual. El carácter fundamental de la vida es la ejecutividad, es decir, un hacer del hombre sobre los objetos y que éstos actúen sobre él, la vida humana concreta queda fijada como la certeza absoluta de la que el resto de certezas se derivan.

El profesor de Navarra dedica varios apartados a profundizar en la idea de “vida” para poder hacer más explícita la metafísica de la vida humana. En primer lugar, insiste en cómo Ortega deja de lado la idea de “conciencia” a favor de la “vida” para evitar reminiscencias idealistas. En segundo lugar, profundiza en la frase: “yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”, en ella identifica el primer yo con la vida, de lo que surgen interesantes derivaciones. Por último, aparece la vida como mirada configuradora del mundo, contexto en el que introduce análisis sobre la perspectiva o conceptos tan sugerentes como el de “contorno” u “horizonte”.

El segundo capítulo lleva por título “El conocimiento”. Si en el primero se habla del fundamento del conocimiento, ahora se trata el proceso del conocer, lo que exige traer a colación la intuición, más allá de la sensación y de la construcción. Intuición y conocimiento conceptual son las dos caras de una misma moneda, lo patente y lo latente, lo dado y lo oculto; al conocer se intenta precisamente iluminar esa parte oculta de las cosas a partir de la presencia revelando así la verdad de las mismas.

Buscando el rigor en su presentación, el profesor de Navarra reconoce que en cuanto al conocimiento conceptual cabe distinguir dos perspectivas diferentes: un aspecto constructivista y utilitario, y otro donde la realidad latente en la intuición se hace también de algún modo presente en su modo de ser propio. Observa el autor que ambas propuestas son interdependientes debido a que la sola intuición es insuficiente y a la vez la conceptualización depende de la intuición. Ambos son necesarios en la búsqueda que el hombre realiza de la verdad.

La tercera y última parte del libro se consagra a la verdad y la salvación, de forma que se realiza un tránsito desde la verdad del conocimiento a la verdad del ser personal, la cual mueve todos los intereses y quehaceres humanos. Una vida plenamente humana exige descubrir la verdad de lo que nos rodea, pero especialmente exige descubrir la verdad sobre nosotros mismos.

Con toda probabilidad se inserta aquí la sección de mayor interés del trabajo de Martínez Carrasco, al dedicar un buen esfuerzo a un tema tan espinoso en Ortega como es el “fondo insobornable” o, lo que es lo mismo, la vocación. Partiendo de la diferenciación entre un yo profundo y un yo real o presente, explica la dinámica entre ambos mediante la cual el primero es motor del segundo y la vida se convierte en tragedia al tener el hombre que elegir ser fiel o no a sí mismo.

Es un esfuerzo constante por verificarse, por salvarse, por hacer patente su verdad ante una situación originaria de desorientación. Éste sería el nivel más fundamental y radical de la verdad en el

pensamiento orteguiano, el paradigma de toda otra verdad.

Cuál es el origen del fondo insobornable es un tema abierto en la filosofía de Ortega y el autor parece presentarlo con buen criterio. Aunque pudiera parecer por el vocabulario que Ortega utiliza que es un concepto que remite a la existencia de Dios, es cierto que Ortega no aborda esta posibilidad y deja un camino abierto a sus intérpretes, no remite a una realidad trascendente y ello marca el carácter de su pensamiento. La salvación debe entenderse como un esfuerzo filosófico de ensimismamiento, de toma de conciencia ante la realidad humana.

El esfuerzo deportivo, la constancia y la claridad se convierten en valores superiores, mientras que la consecución del verdadero ser del hombre pasa a un segundo plano al ser más una motivación que una realidad alcanzable.

Interesante labor de investigación, en definitiva, la realizada por Martínez Carrasco sobre la verdad en Ortega que nos remite a un campo más amplio, el del conjunto de la filosofía orteguiana. Sugere en su planteamiento, se adentra también en la presentación de contradicciones y temas abiertos que abundan en la obra del filósofo madrileño.

EPISTOLARIOS DE TRANSFONDO ORTEGUIANO

ZAMBRANO, María y ANDRÉS COBOS, Pablo de: *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. Cartas (1957-1976)*, edición de Soledad de Andrés Castellanos y José Luis Mora García, presentación de Emilio Lledó. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid / Caja Segovia, 2011, 354 p.

DIEGO NÚÑEZ

Esta edición recoge la correspondencia inédita entre María Zambrano (1904-1991), y Pablo de Andrés Cobos (1899-1973). Son en total setenta y cuatro cartas, cuarenta y una de la primera, enviadas desde su exilio en Roma y en “la choza” de La Pièce (cerca de Ginebra), y treinta y tres del segundo, escritas en su exilio interior en Madrid, desde su dura condición de represaliado y “expelido”, como él mismo se autodefinía. Muchas de ellas,

como señalan los editores, son de profunda intensidad, nos ayudan a conocer los pliegues de tan ricas personalidades, que ponían en esas cuartillas en blanco su alma al descubierto (p. 17). En efecto, las cartas son, ante todo, documentos humanos; por su naturalidad, por estar dirigidas a una persona cercana, constituyen testimonios muy vivos de los autores que las escriben. Nos acercan mucho a ellos, a su entorno más inmediato, a su mundo personal. Las cartas son los escritos más auténticos y reales, los que mejor nos sitúan en la época de sus autores, como así se puede comprobar en el libro que comentamos.

Pablo de Andrés Cobos, maestro nacional, discípulo del padre de María (Blas Zambrano) y admirador de Antonio Machado, fue una personalidad sincera y comprometida. Su paso por diversas prisiones franquistas entre 1936